

# LA DISPUTA POR EL RIESGO. EL CONFLICTO ECO-SOCIAL ENTRE LA PESCA ARTESANAL Y EL CAPITALISMO HALIÉUTICO. EL CASO DE LA REGIÓN DEL MAR MUERTO EN EL ISTMO-COSTA DE CHIAPAS, MÉXICO

**ROGELIO J. RAMOS TORRES**

[rogerjosu@gmail.com](mailto:rogerjosu@gmail.com)

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

ORCID: 0000-0002-1080-4454

LA DISPUTA PEL RISC. EL CONFLICTE ECO-SOCIAL ENTRE LA PESCA ARTESANAL I EL CAPITALISME HALIÉUTIC. EL CAS DE LA REGIÓ DE LA MAR MORTA EN L'ISTME-OSTA DE CHIAPAS, MÈXIC

THE DISPUTE OVER RISK. THE ECO-SOCIAL CONFLICT BETWEEN SMALL SCALE FISHING AND HALIEUTIC CAPITALISM. THE CASE OF THE «MAR MUERTO», IN THE ISTHMUS-COAST IN CHIAPAS, MEXICO

## RESUMEN

El artículo aborda la mecánica del proceso de modernización de la zona del Mar Muerto en el Istmo chiapaneco, en México, impulsado desde el gobierno a través del capitalismo haliéutico, cuyo asentamiento se tradujo en la colisión entre las ideas propias del libre mercado y las lógicas de un estilo de vida fuertemente arraigado en la naturaleza. Se propone al riesgo como figura explicativa considerando la relación ontológica que, en razón de su actividad y el contacto con el mar, las sociedades de pescadores tienen con este elemento, que ha sido también base de la identidad y la organización social. En un somero recuento, se mencionan los esfuerzos mediante los que se buscó desarrollar los litorales, con consecuencias que, en casos como el que aquí se observa, han derivado también en un deterioro ambiental y un debilitamiento del tejido social crecientes. El objetivo es mostrar que, en las sociedades pesqueras tradicionales, la racionalidad que guiaba el oficio y que se reflejaba en los esquemas de trabajo, la organización comunitaria y la interacción con la naturaleza, se apoyaba en una relación metonímica con el riesgo, que, al ser modificada, sobre todo debido a la inserción de nuevas tecnologías, facilitó los cambios que necesitaba concomitantemente el proceso de reordenamiento impulsado por las fuerzas del capital. Se destaca, además, el carácter esencialmente contencioso del proceso, y se muestran ciertas resistencias y oposiciones con las que el pescador defiende su estilo de vida.

**Palabras clave:** pescadores; riesgo; capitalismo; tecnologías; conflictividad.

Fecha de recepción: 08/04/2024 · Fecha de aceptación: 04/07/2024 · Fecha de publicación: 29/11/2024



## RESUM

L'article aborda la mecànica del procés de modernització de la zona del Mar Mort a l'istme chiapaneco, a Mèxic, impulsat des del govern a través del capitalisme halièutic. L'assentament del qual es va traduir en la col·lisió entre les idees pròpies del lliure mercat i les lògiques d'un estil de vida fortament arrelat en la naturalesa. Es proposa el risc com a figura explicativa considerant la relació ontològica que, en raó de la seva activitat i el contacte amb el mar, les societats de pescadors tenen amb aquest element, que ha estat també base de la identitat i l'organització social. Es mencionen els esforços mitjançant els quals es va buscar desenvolupar els litorals, amb conseqüències que, en casos com el que aquí s'observa, han derivat també en una deterioració ambiental i un afebliment del teixit social creixents. L'objectiu és mostrar que, en les societats pesqueres tradicionals, la racionalitat que guiava l'ofici i que es reflectia en els esquemes de treball, l'organització comunitària i la interacció amb la naturalesa, es recolzava en una relació metonímica amb el risc, que, en ser modificada sobretot a causa de la inserció de noves tecnologies, va facilitar concomitantment els canvis que necessitava el procés de reordenament impulsat per les forces del capital. Es destaca, a més, el caràcter essencialment contenciós del procés, i es mostren unes certes resistències i oposicions amb les quals el pescador defensa el seu estil de vida.

**Paraules clau:** pescadors; risc; capitalisme; tecnologies; conflictivitat.

## ABSTRACT

This article addresses the mechanics of the modernization process in the Dead Sea area in the Isthmus of Chiapas, Mexico, promoted by the government through halieutic capitalism, whose settlement resulted in a collision between the ideas of the free market and the logics of a lifestyle strongly rooted in nature. Risk is proposed as an explanatory figure considering the ontological relationship that, because of their activity and contact with the sea, fishing societies have with this element, which has also been the basis of identity and social organization. In a brief review, we mention the efforts made to develop the coastlines, with consequences that, in cases such as the one observed here, have also led to increasing environmental deterioration and a weakening of the social fabric. The objective is to show that, in traditional fishing societies, the rationality that guided the trade and that was reflected in work patterns, community organization and interaction with nature, was based on a metonymic relationship with risk, which, when modified mainly due to the insertion of new technologies, concomitantly facilitated the changes required by the reordering process driven by the forces of capital. The essentially contentious nature of the process is also highlighted, and certain resistance and opposition with which the fisherman defends his way of life is shown.


**Key words:** fishermen; risk; capitalism; technologies; conflict.

## 1. INTRODUCCIÓN

De manera equiparable a lo que sucede en bosques y selvas, la crisis que suele sobrevenir a la expansión capitalista ha impactado a los océanos provocando una debacle ecológica que arrastra consigo a los sistemas vernáculos de reproducción social vinculados a sus aguas. Uno de estos es la pesca artesanal, que hoy se debate entre los efectos de una vorágine extractiva propulsada por las leyes de mercados insaciables, que degluten los ecosistemas acabando con el medio físico en donde se encuentra arraigada la forma de vida del pescador. Se tambalea, así, la milenaria cadena hereditaria de técnicas y conocimientos que, hasta hace no mucho, representaban una buena garantía para la subsistencia de los habitantes de las riberas oceánicas.

En el Pacífico chiapaneco, donde los brotes de capitalismo se concentraron inicialmente en el agro y en cultivos como el del café (Bartra 1995) demorándose varias décadas en llegar a los mares, las sociedades pesqueras se desarrollaron largamente por fuera de las influencias del mercado y de las regulaciones estatales. Cuando estos, finalmente, alcanzaron los litorales, la vida de los pueblos ahí ubicados sufrió alteraciones profundas. Los paquetes de desarrollo detonaron una serie de conflictividades en las que subyacía el choque entre los imaginarios del pescador y las ideas del libre mercado. En juego, estaba la plétora de riquezas naturales de una región considerada como una de las veinte áreas de mayor productividad biológica del mundo (Toledo 1994).

La implantación de un orden capitalista en las costas istmeñas de Chiapas tuvo en la introducción de nuevas tecnologías un ariete que cambió rápidamente el rostro de la pesca artesanal. La máquina fue el revulsivo que aceleró la producción y cambió los esquemas de trabajo practicados hasta entonces. La tecnología, en esta lógica, arrebató a las sociedades de pescadores el poder de decidir cómo, cuándo y cuánto se explotaba



el mar, para colocar esa decisión en manos de los brókeres del capitalismo haliéutico, cuyos intereses, evidentemente, se distanciaban de aquellos que regían la vida comunitaria.

Por su centralidad dentro de los procesos adaptativos de las sociedades pesqueras a sus entornos, así como por la trascendencia para la vida social, política y cultural que investigadores como Luis María Gatti (1986) han encontrado en el riesgo, aquí se propone este como la metonimia que ayuda a comprender el proceso y algunas de las consecuencias del establecimiento de un orden capitalista en la zona del Istmo chiapaneco. Para este tipo de miradas, el riesgo constituye un elemento cultural y políticamente edificante, sobre el que se apoya el andamiaje social de los pueblos que viven de la pesca.

De ahí que el control de la relación con el riesgo, a través del moldeado de las percepciones y las formas de gestionarlo, sea un asunto nodal para la regulación de muchas aristas de la vida comunitaria. Y, de ahí también, que, cuando se afirma que el pescador disputa el riesgo, no se esté únicamente hablando del esfuerzo por lidiar con los peligros inherentes a su oficio, sino que se está aludiendo a las acciones y/o procesos de resistencia que los jornaleros del mar han también contrapuesto ante esquemas de aprovechamiento ajenos, con el objetivo de recuperar el poder de decidir los términos en que se da el contacto con el mar y los seres vivos que lo habitan. En otras palabras, la disputa por el riesgo es también la lucha que el pescador emprende en defensa de su territorio, de su historia y de su identidad.

La exposición que a continuación se presenta, se basa en un trabajo de investigación de corte cualitativo sobre el Istmo-Costa del estado de Chiapas en el sur de México. Una región colindante y al mismo tiempo diversa de aquella oaxaqueña del Istmo de Tehuantepec, y que comparte con esta una tradición pesquera profundamente

arraigada en sus pueblos. Entre estos, de especial importancia en términos productivos han sido aquellos que bordean el sistema lagunar estuarino del municipio de Tonalá, donde, por sus dimensiones, destaca la laguna conocida como Mar Muerto, un cuerpo de agua salobre de más de 60 kilómetros ubicado en el lindero que comparten Chiapas y Oaxaca y en cuyas riberas la pesca ha sido motor del proceso de poblamiento y desarrollo.


## 2. ENTRAMADO METODOLÓGICO Y MARCO CONTEXTUAL

El análisis se apoya en una modesta reconstrucción de la historia de la región del Mar Muerto, realizada a través de un ejercicio de recuperación de la memoria oral, así como de un levantamiento etnográfico realizados entre los años 2020 y 2023. Como parte de estas tareas, se llevaron a cabo entrevistas y charlas informales con pescadores, comerciantes locales, académicos, cronistas y funcionarios adscritos a las agencias reguladoras de la actividad pesquera.<sup>1</sup> De esta manera, fue posible explorar las sensibilidades y la racionalidad que guían históricamente el trabajo en la cultura local, pero también los cambios por los que estas atravesaron, y que son perceptibles cuando se comparan las historias de vida de los pescadores mayores de sesenta años, con las de aquellos más jóvenes, quienes, en gran proporción, ya no encuentran en la pesca las garantías de las que sus padres y abuelos se beneficiaron.

El trabajo etnográfico se esforzó por entender especialmente la relación con el mar, que, comprensiblemente, aparece como una constante en los relatos, pero también

---

<sup>1</sup> Otros resultados de esta investigación, así como las entrevistas de las que aquí se muestran algunos extractos, se encuentran en la tesis de doctorado “Entre el poder de la naturaleza y la naturaleza del poder. La construcción política de un desastre en Bahía de Paredón, Chiapas,” elaborada por el autor y descargable en: <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/1654>




en expresiones como la poesía, la pintura y la música que son pasatiempo sobre todo de pescadores mayores o retirados que, sin haber pasado por una educación formal, ostentan una vena artística notable. En la mirada de estos, el mar suele concebirse como una figura respetable y paternal, y la pesca como un trabajo colaborativo que limaba las conflictividades y reafirmaba los vínculos interpersonales. Escribe, por ejemplo, un viejo pescador narrando el pasado de su pueblo:

Para aquellos pescadores no existía el egoísmo. Pescaban todos unidos, y, al terminar de pescar, repartían las ganancias para todos por igual. Sus viviendas construyeron reunidos los vecinos, unos iban por la palma, otros juntaban el barro, y así todos unidos, tanto hombres y mujeres, con voluntad y armonía, realizaban el trabajos (Arabí de Lucio, entrevista del 30 de marzo 2022)

El tono melancólico y en tiempo pasado del relato delata en sí mismo la pérdida de ciertas prácticas y valores que, habiéndose gestado durante el trabajo en el mar, se trasladaban también a otros ámbitos de la vida cotidiana. Estos, ciertamente, ya no aparecen en las descripciones de las nuevas generaciones, lo cual pone de manifiesto una variación significativa de los términos en que se vive la relación con el entorno. Tratando de profundizar en el entendimiento de esa relación, el trabajo de investigación se involucró además en faenas de pesca de crustáceos y de escama, como parte de un conjunto de ejercicios de exploración geográfica/acuática y de observación participante. Estas actividades fueron complementadas con una revisión de la escasa bibliografía sobre la actividad pesquera en la zona elaborada desde perspectivas sociales (Toledo, Nuñez y Ferreira 1983; Díaz, Galdino e Iturbide 1984; Toledo 1994; Alcalá Moya 1999; Gellida y Moguel 2013; Zúñiga 2020), más una exploración de fuentes hemerográficas como «El Sol de Tonalá».

En el recuento elaborado con esta información, el Istmo de Chiapas aparece como un enclave en el que se asentaron transitoriamente diversos grupos humanos, desde Chantutos y Mokayas en la etapa precolombina, hasta mulatos descendientes de los esclavos traídos por los españoles al Soconusco durante la colonia (Mireles, 2003). Sin embargo, no fue sino hasta el siglo XIX que comenzó un proceso de poblamiento ribereño dependiente del mar y sus productos, que ya no se detuvo. A diferencia de los pueblos vecinos en Oaxaca, en los que una honda raigambre étnica articula históricamente la vida social y el crecimiento de los asentamientos humanos, las actuales pesquerías chiapanecas se conformaron de manera heterogénea a través de migraciones y procesos de ocupación territorial diversos. La construcción de un par de puertos de altura, la de un ferrocarril y la llegada de infraestructura y servicios orientados a facilitar la movilidad y a incentivar la urbanización de la planicie costera de Chiapas, aceleraron ese proceso. Aun así, los pueblos pesqueros de la zona istmeña llegarían a la mitad del siglo XX como puntos geográficos inconexos y lejanos de los grandes centros políticos y comerciales, en los que la vida dependía fundamentalmente de las capacidades de adaptación a condiciones climáticas extremas y a entornos ecológicos complejos para el desarrollo y la reproducción de los seres humanos.

En las esferas oficiales sabían que el aislamiento era una cualidad compartida por la mayor parte de los asentamientos ubicados en los litorales, y las administraciones de la segunda mitad del siglo XX buscaron cambiar esa situación mediante el aprovechamiento de las reservas naturales presentes en esas mismas zonas (Marín 2007). Los gobiernos procuraron, entonces, generar condiciones tendientes a incluir a las costas dentro de un mercado detonado algunas décadas antes en el norte del país, al cual se impulsó desde las instituciones como palanca para el desarrollo.



Hasta aquel entonces, los pescadores istmeños en Chiapas habían desempeñado su oficio haciendo uso de técnicas y esquemas de trabajo heredados de muchas generaciones atrás que tenían en el uso de materiales endémicos y en las relaciones de reciprocidad dos de sus elementos principales. Gracias a estos, y a un bagaje de conocimientos forjado a lo largo de unos 3000 años de práctica (Toledo 1994), las localidades pesqueras del Istmo habían logrado mantener los equilibrios necesarios para su reproducción, estableciendo, además, los límites que una actividad particularmente azarosa requería para ser desempeñada exitosamente.

Sin embargo, el proyecto de desarrollo estatal se asentaría con vigor en la región durante los años setenta de ese mismo siglo, imprimiendo un intempestivo viraje que apuntó a modernizar la pesca artesanal. Fueron las generaciones que hoy rebasan los sesenta años las que experimentaron más intensamente ese cambio. Al verse obligadas a adoptar las nuevas formas de trabajo impuestas como parte del proceso de modernización, fueron prácticamente las últimas en pescar sobre embarcaciones rústicas impulsadas por varejones y velas construidas con sacos de azúcar, que navegaban regulándose por los tiempos meteorológicos, el comportamiento de ciertas especies, el conocimiento de las corrientes marinas y las dinámicas de los ríos.

La incorporación de las nuevas tecnologías marcó, de este modo, el final de una relación con el mar basada en el desarrollo de destrezas y sensibilidades que equipaban el cuerpo del pescador, y que se nutrían de un estrecho contacto con el agua y de un diálogo permanente con el resto de los elementos naturales del entorno. No es que las generaciones sucesivas perdieran ese contacto, solo que, en los nuevos esquemas, este se encontró mediado por las velocidades y por la fuerza que proveían las máquinas, lo cual significó el desdibujamiento de un conjunto de prácticas y medidas orientadas a paliar la vulnerabilidad innata del ser humano ante el poder del mar. Las fronteras




históricas que los pescadores se habían autoimpuesto frente a los riesgos de su actividad cedieron, así, ante el poder avasallante de tecnologías que, a diferencia de la vieja indumentaria, no estimulaban en la misma medida la comprensión de la naturaleza y sus fenómenos, sino que promovían, más bien, su sometimiento.

### 3. DEFINIENDO EL RIESGO

Sin desconocer que, como categoría de análisis, en su evolución, la terminología con la que se describe el riesgo ha variado significativamente (Cardona 2001), el abordaje que ha servido de base a una buena porción de los estudios sobre riesgo desarrollados desde la antropología es la propuesta de Mary Douglas. Esta autora, define al riesgo como la probabilidad de un acontecimiento combinado con la magnitud de pérdidas y ganancias que conllevará (Douglas 1994, 23). Aun así, ella misma acepta que el riesgo es conceptualmente incontrolable (Douglas y Wildavsky 1983), razón por la cual no existe realmente una noción que unifique los distintos enfoques o aproximaciones a este (Cardona 2001).

No obstante, Omar Darío Cardona (2001) sugiere que una buena cuña conceptual para pensar al riesgo es la vulnerabilidad, que, en su convolución con factores amenazantes, permite calcular el potencial de daños o pérdidas a sufrir, es decir, permite calcular el riesgo. Por eso, para efectos de esta exposición, más útil que tratar de definirlo, lo es la idea postulada por la propia Douglas, que propone observar el riesgo como un constructo cultural estrechamente conectado a una determinada forma de organización social, a partir del reconocimiento de las vulnerabilidades y amenazas que la afectan.

Con esa base, podríamos decir que, en este caso, la fragilidad del ser humano, por un lado, y los peligros propios del mar, por el otro, componen la noción general del



riesgo que caracteriza a la vida del pescador. Una noción que se apega al ideario de Douglas cuando dice que elegir un estilo de vida y elegir riesgos no son cosas distintas, al contrario, cada forma de vida social carga su propio catálogo de riesgos. «Valores comunes implican temores comunes», dice en referencia al hecho de que el riesgo forma parte del paquete de ideas y creencias que sostiene la estabilidad de los sistemas sociales (Douglas y Wildavsky 1983, 8).

En el pensamiento de esta autora, lo explica Virginia García Acosta (2005), construcción social del riesgo y percepción del riesgo son dos caras de una misma moneda, en la que, si bien cada persona distingue lo que es o no riesgoso, ese cálculo se encuentra mediado por valores socialmente compartidos. En el caso de la pesca artesanal, y tomando como referencia lo observado por otras investigaciones, la percepción que guiaba ese cálculo en los esquemas tradicionales, podía verse reflejada en el grado de exposición que los pescadores decidían asumir frente a los peligros, que estaba a su vez sustentada en una concepción de lo que era o debía de ser el mundo en ese contexto (Kais y Saidul 2019).


En ese mismo tenor, la psicóloga social Hélène Joffe (2003), sostiene que la respuesta al riesgo es un asunto que se encuentra moldeado por la influencia de otras personas, pero también por la de fuerzas culturales e institucionales. Entre estas, podrían incluirse la iglesia, los medios de comunicación, y, desde luego, el mercado y las narrativas de la modernización asociadas a la inserción de nuevas tecnologías. Esto sugiere que el riesgo es un elemento cuyo dinamismo crece proporcionalmente a la convergencia de fuerzas o poderes en un mismo lugar. Consecuentemente, sus formas, alcances y aceptabilidad son objeto de tensiones que se resienten material y socialmente, en niveles que pueden llegar a acentuarse entre más importante es el papel que ocupa el riesgo dentro del orden social.

#### 4. EL RIESGO EN LAS SOCIEDADES DE PESCADORES TRADICIONALES

La vida de los pueblos pesqueros no puede entenderse sin tomar en cuenta la influencia ordenadora y subjetivante del mar. En los albores de la antropología, ya Malinowski (1948) hablaba al respecto cuando describía el carácter inherentemente riesgoso de la pesca, que él mismo explicaba como una actividad plena de incertidumbres en la que, quienes la practicaban, combinaban el valor, la fuerza y la destreza con la magia y las supersticiones. La antropóloga Ellie Smith (1988) reconoce la presencia de estas características no solamente dentro de los grupos que se adentran en los océanos, sino también en las comunidades que aprovechan sus riquezas desde las riberas, y construyen, en ese intercambio, una relación particular con sus aguas.

Ahondando en esa relación, la antropóloga María Isabel Galindo (2019) sostiene que la fuerza y los vaivenes del mar constituyen, para estas sociedades, un activo agente —acuático— de la historia. Los habitantes del litoral, explica ella misma, mantienen una conversación incesante con la volubilidad del mar, conviven con sus rabietas y, en el intercambio, hilvanan *tramas telúricas*, que vinculan estrechamente al ser humano con su entorno (Galindo 2019, 33), configurando lo que el geógrafo Ulrich Olsender (2016) llama «sentido acuático de lugar». De este modo, el ocupante de la ribera del mar construye su mundo calculando no solo la generosidad de este último, sino también esa «cínica indiferencia del mar ante el sufrimiento y el valor humanos» como diría Conrad (2012), representada por aguas tan majestuosas como implacables, y cielos omnipresentes donde anidan feroces borrascas y vendavales.

En estos escenarios, dejarse intimidar significa también disminuir drásticamente las posibilidades para la subsistencia, «si acaso algo debe de temer un pescador, es al miedo mismo», afirma la doctora Irizelma Robles (2014, 224), en lo que podría



considerarse un axioma seminal que indica que, para el pescador, arriesgarse, es, antes que nada, vivir. En este sentido, la necesidad de inserirse en ese juego de ambivalencias, en el que por un lado se está frente a un polo paternal y benévolo, y, por el otro, frente a uno despiadado y terrible, hizo del riesgo y su correspondiente gestión, parte esencial de la urdimbre con la que el pescador construyó su propia forma de estar en el mundo.

Luis María Gatti (1986), en un estudio antropológico pionero en México, observó la centralidad que ocupaba el riesgo como elemento ordenador en los pueblos de pescadores ribereños. Muy distinto a lo que sucede en otros oficios, escribió Gatti, el pescador no produce en serie, no cultiva, no domestica; el pescador «mata» ensimismándose con la naturaleza y aceptando su aleatoriedad. Frente a los exabruptos del mar, este no dispone de instrumentos o mecanismos de domesticación que valgan, a sus acometidas las enfrenta aguzando el instinto, afinando la sensibilidad y manteniendo un estado permanente de alerta ante la suerte de «juego» que el océano le plantea. Y, por eso, Gatti piensa al pescador como el prototipo del *homo ludens*, como el protagonista de una actividad en la que, a diferencia de aquella del campesino o del obrero, este apuesta no el salario o la cosecha sino la propia vida (Gatti 1986, 61-62).

Esa cruda convivencia con la naturaleza, puntuada por el acecho constante de la muerte es un elemento central dentro de la obra de Gatti, quien, en esa cotidianidad riesgosa, encuentra las brújulas que orientan no solamente la actividad sino la entera vida personal, familiar y comunitaria del pescador.<sup>2</sup> Las sociedades pesqueras, en esta idea, derivan de un oficio que, como señaló Malinowski (1948), no se desarrolló en


---

<sup>2</sup> Escribe Luis María Gatti a este respecto en una carta enviada a Guillermo Bonfil: «El estado del tiempo regula la vida de las gentes en una manera impresionante. Los nortes son terribles, peligrosos en serio, desde que estoy se han hundido tres barcos, han desaparecido tres lanchas, han muerto seguramente cinco personas. La muerte es una presencia constante» (Gatti 1980).

solitario. Por el contrario, el pescador tuvo siempre claro que la fuerza del mar demandaba la suma de esfuerzos para garantizar incursiones y capturas exitosas sin que ello significara perder la vida, una estrategia que dio pie al surgimiento de sistemas de colaboración y reciprocidad que se reflejaron también en la vida comunitaria.

El mar, en este sentido, estimuló la configuración de sistemas sociales basados en la asistencia colectiva y la horizontalidad, que, en su evolución, se dotaron de prácticas, herramientas y de *corpus* simbólicos comunitariamente administrados. Es decir, valores como la solidaridad o la reciprocidad no han sido en estas sociedades únicamente expresiones de una humanidad diligente o noble, sino medidas indispensables dictadas por la inteligencia en contextos en los que el reconocimiento de las vulnerabilidades comunes obliga, en esa misma medida, a trabar colaboraciones para asegurar la sobrevivencia y la reproducción. La relación con el mar cumplía, en estos esquemas, una función como aglutinante social, pues si bien por un lado demandaba organización, por el otro devolvía a cambio lazos comunitarios más estrechos, un intercambio visible, por ejemplo, en el adagio maorí «la canoa es el pueblo» (UNESCO).

El caso de Chiapas, tal como lo apuntan los investigadores Carlos Gellida y Reina Moguel (2007), no queda fuera de esta lógica cuando afirman que, en pueblos como los del Istmo, la pesca es la base para la organización social y política de la comunidad, pues en ella convergen los aspectos que determinan la estratificación social, la distribución del poder y el ordenamiento del territorio. Para estos pueblos, la pesca representó el único sustento durante largo tiempo, y eso obligó a articular frentes colectivos para gestionar los riesgos, pues, cuando la pesca se veía comprometida, no era únicamente el pescador quien padecía las consecuencias sino todo un entramado comunitario del que el pescador y su familia eran solamente una fracción.



Adicionalmente, este limitó el desarrollo de su actividad dentro de los linderos del Mar Muerto, que, en las percepciones, era un espacio más seguro respecto a lo que localmente se conoce como «mar vivo», representado por las aguas del Pacífico, en donde los peligros se incrementaban considerablemente. En los relatos, navegar la bocabarra que conecta a ambos cuerpos de agua se presenta generalmente como un lance sumamente riesgoso que aumentaba el nivel de exposición y, por lo tanto, convenía evitar. Una breve crónica publicada en «El Sol de Tonalá» a propósito de un ejercicio de exploración de esa costa, en 1962, da cuenta de la dificultad que implicaba ese cruce:

(...) El barquito salió tranquilamente de las aguas del poblado de Paredón, y al llegar a la entrada de la barra para salir al mar abierto, todos se persignaron y el patrón del barco dio las últimas instrucciones para la tripulación. ¡A toda máquina!, gritó el patrón, y el barquito salió disparado del mar muerto al mar vivo, y se perdió entre la bruma de las olas en las aguas del Pacífico... (Humberto Pananá, en Ramos Torres 2023, 164).

En este contexto, el riesgo, por lo tanto, como sugiere Estellie Smith (1988), no puede ser trivializado o reducido a ser observado únicamente como una cuestión psicológica o una conducta ante los imponderables. Se trata, más bien, de una de las piedras angulares sobre las que se monta toda una forma de echar raíz en los bordes del océano, un ecosistema con un poder desafiante, que, desde la individualidad, puede resultar abrumador y complicar, o incluso volver imposible la tarea de penetrar en el oleaje en búsqueda de fuentes de alimento. En otras palabras, en las sociedades de pescadores, o «culturas piscícolas», como Saúl Millán y Paola García (2003, 23) definen a los huaves o ikoots que habitan la contraparte oaxaqueña en la misma región, el riesgo contribuye de manera fundamental a la significación del espacio, a la amalgama y organización


social, y, en no menor grado, a la construcción y administración de lo que Elinor Ostrom (2000) define como los bienes comunes.

En suma, para estos pueblos, parafraseando a la filósofa Anne Dufourmantelle (2015), el papel del riesgo ha sido el de una línea de horizonte, el del carboncillo con el que los pescadores trazaron un territorio asumiendo en esa operación conductas que delinearon su cultura y su sociedad. Desde esta perspectiva, el riesgo es no solo una variable sino la quintaescencia de la pesca, el elemento polisémico fundamental para pueblos cuya historia y organización penden del mar. Por eso, cuando la modificación de los medios de contacto con los que el pescador pulsaba al mar cambió la forma en que se percibían los peligros aumentando concomitantemente las vulnerabilidades, el entero sistema social resintió los efectos. Ese cambio sentenció la caducidad de las estrategias y los mecanismos que habían mantenido históricamente los equilibrios que proveían la seguridad y el sustento de la comunidad, para suplirlos con otros, para los que la colaboración, las relaciones horizontales y el respeto por ciertas fronteras ecológicas del mar ya no eran necesarios.

## 5. EL ASENTAMIENTO DEL CAPITALISMO EN EL MAR MUERTO

Para los años setenta del siglo pasado, muchos países habían nacionalizado sus zonas marinas, hecho que catapultó la consolidación del mercado pesquero a escala mundial (Breton y López 1989). La existencia de ese mercado global atrajo la atención del Estado mexicano, que impulsó la influencia de la clase pesquera empresarial mexicana surgida años antes en las costas del norte del país hacia los litorales del sur.

Un paso sustantivo en ese camino fue la creación de las primeras sociedades cooperativas pesqueras, cuya constitución, en la opinión de Yvan Breton y Eduardo López (1989), obedecía a la necesidad de crear un cuerpo jurídico-institucional para



favorecer la acumulación del capital en los mares a través de la cooptación de la fuerza de trabajo. Pero, el establecimiento de una economía pesquera más acorde a los intereses del gran capital llegó de la mano del gobierno de Luis Echeverría Álvarez, personaje de infame memoria que gobernó el país entre 1970-1986.<sup>3</sup>

Con Echeverría, los pescadores artesanales fueron por primera vez en la historia del país beneficiarios de créditos y enormes paquetes de apoyo diseñados para modernizar la actividad (Alcalá Moya 2003). De esta forma, pueblos marginales, precariamente conectados con los centros urbanos, habitados por familias de hombres que faenaban en el mar con fines de autoconsumo y vendían una parte de su producción a arrieros y pequeños comerciantes, transitaron con una velocidad extraordinaria hacia su inserción en mercados de dimensiones mayores.

La punta de lanza de esa transformación fue la transferencia de tecnologías y equipamiento fabricado con materiales industrializados a las pesquerías. Las viejas embarcaciones construidas con la madera de especies endémicas como el huanacastle, y las redes de pesca hechas con fibras naturales como el *ixtle*, cayeron pronto en desuso, para dar paso a las lanchas de fibra de vidrio equipadas con motores fuera de borda, y redes plásticas de mayor resistencia. Como muchas otras regiones, el Mar Muerto fue, entonces, escenario de una avalancha modernizadora sin precedentes. Aguas en las que solo habían navegado embarcaciones artesanalmente construidas, recibieron la llegada de materiales, artefactos y combustibles que terminaron por imponerse como la indumentaria de rigor para el adecuado desarrollo del trabajo. El

---


<sup>3</sup> Este se desempeñaba como secretario de gobernación en el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, durante el que tuvo lugar la masacre de estudiantes de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas, de la Ciudad de México. Echeverría fue responsable de orquestar el ataque y la campaña de represión que siguió luego de este.



pescador promedio no tuvo más opción que adoptar el nuevo instrumental, so pena de quedar excluido de la carrera irrefrenable por las especies que el mismo proceso de tecnologización inauguraba.

El hielo y la cámara de congelación fueron elementos consustanciales a ese proceso, con los cuales se abrían las posibilidades para almacenar y conservar la producción. Quedaron establecidas, así, las condiciones para la especulación, y cuando los poseedores de las tecnologías en mar y en tierra lograron, además, conectarse con canales de comercialización mayores, cerraron un círculo que les permitió controlar la entera cadena de producción desde la captura hasta la colocación de los productos en mercados regionales, nacionales, y, más tarde, internacionales. Auspiciada por el papel cómplice de los directivos de las sociedades cooperativas, que se preocupaban más por satisfacer los intereses del mercado que por tutelar los derechos del pescador, nació, así, en los litorales del Istmo chiapaneco, una clase de pequeños y medianos capitalistas tributaria de los grandes centros de venta y distribución.

La implementación de las nuevas tecnologías tuvo un reflejo inmediato en el volumen de las capturas. En 1947, el registro de la producción pesquera anual del estado de Chiapas era de poco más de 1.136 toneladas; treinta años más tarde, en 1977, ya concluido el gobierno echeverrista, el volumen registraba 3.048 toneladas, de las cuales, las pesquerías de la zona de Tonalá en el Istmo de Chiapas aportaban casi la mitad: 1.473 toneladas (De la Peña 1951-II, 701). Con el proyecto de tecnologización en franco despliegue, la producción de esta región habría de crecer todavía más durante los años sucesivos, lo que la llevaría a consolidarse como potencia camaronera a escala estatal y nacional. Para el año de 1983, el volumen de la pesca desembarcada en el estado rebasaba ya las 23 mil toneladas, y las pesquerías del Mar Muerto aportaban, de esas, por sí solas, más de 4 mil (Anuario Estadístico 1985, 1871). Es decir, en un lapso de



cinco años, la producción local creció más del doble, un patrón que se repetía en la estadística nacional, la cual, para el mismo 1983, indicaba que el total de la pesca en el país rondaba el 1.200.000 toneladas, lo que significaba que, en tan solo ocho años, la producción nacional se había triplicado (Alcalá Moya 2003, 57).

No obstante, la intensificación del esfuerzo pesquero en combinación con los impactos contaminantes de los nuevos equipos tuvo serias repercusiones sobre los ecosistemas. A esto hay que agregar el cambio en los hábitos de consumo y el caótico crecimiento urbano de ciudades y pueblos, derivado del aumento de la fuerza de trabajo provocado por la llegada de nuevos jornaleros a mares y esteros de la región, atraídos por la explosión de un mercado que demandaba cantidades cada vez mayores de productos. Luego de unos pocos años, lagunas como el Mar Muerto sufrirían el declive de las poblaciones de las especies más redituables, como el camarón y la lisa. Otras, llegaron incluso a extinguirse, tal fue el caso del sabalote, un pez muy apreciado en toda la costa norte de Chiapas y en los mercados de Juchitán y Tehuantepec, del cual se registraron capturas de hasta 100 toneladas en los años ochenta, para después menguar y desaparecer del comercio regional (Ramos 1993). Una más fue la «parlama» o tortuga prieta (*chelonía agassizri*), cuya captura sería prohibida definitivamente en los años noventa, pero las décadas previas fue objeto de una pesca indiscriminada en la región del Mar Muerto, que, según algunas denuncias populares recogidas en los años ochenta, condujo a una merma cercana a su extinción (Díaz, Galdino e Iturbide 1984; Ramos Torres 2023).

Aquellos tiempos fueron, no obstante, una suerte de época dorada para las pesquerías del Mar Muerto. Aún se recuerdan las capturas ingentes de camarón de 12 y 14 gramos, que, en aquellos años, desbordaban los patios de las cooperativas. Atendiendo a las crónicas de quienes hoy son mayores, una sola embarcación podía

llegar a pescar hasta dos toneladas de camarón por noche. «Era una mina el mar, aquí había negocio, había vida, la gente que venía de lo vil, del campo, lo que ganaban en un mes allá aquí lo ganaban en un día» (Martín Ruíz, entrevista del 26 de octubre 2021, en Ramos Torres 2023, 169).

## 6. EL PESCADOR ARTESANAL FRENTE AL REORDENAMIENTO CAPITALISTA DE LAS COSTAS

Los profesores Liam Campling y Alejandro Colás (2021) aseguran que el capitalismo es un fenómeno que tuvo como cuna el mar. Dicen ellos mismos que, en su calidad de modo de producción, el capitalismo se esforzó desde sus inicios por trascender el binomio tierra-agua en una incesante búsqueda de ganancias, dando lugar a procesos de re-territorialización, en los que la soberanía del capital capturó los espacios y los recursos marinos imponiendo sus propias formas de explotación y apropiación.

El sociólogo César Pineda (2021) propone mirar esos procesos como reordenamientos que buscan adecuar los espacios geográficos creados por la naturaleza, para acelerar los flujos mercantiles y alinearlos, así, a la acumulación capitalista. En consecuencia, señala, esta última se convierte en el principal agente geomorfológico, o, dicho de otra manera, en el factor con el mayor poder de configuración del territorio. En el curso de su expansión, esa configuración, lo explica el mismo Pineda (2021), conlleva a la vez un proceso de subordinación o aniquilamiento de las otras formas de reproducción social.

En esto coincide el antropólogo Tim Ingold (2000), cuando dice que la tecnología constituye la imposición de miradas orientadas a vencer a las cosmologías locales donde las personas ocupan el centro de universos ordenados con base en relaciones significantes. Su objetivo, explica Ingold (2000, 16), es extraer de esos centros los

intereses de la sociedad, para colocarlos en lo que residualmente se construye y nombra como «mundo físico», que es entonces «amueblado» con los medios necesarios para su control. Esto es, la tecnologización funciona a la vez como la navaja que corta los vínculos socioambientales originarios, y como el ducto por el que son insertadas las lógicas de la monetización y las concepciones utilitaristas de la naturaleza, para las que esta última tiene que ser necesariamente dominada en aras de su adecuada explotación.

En el caso de la pesca artesanal, el proceso de asentamiento y acumulación capitalista modificó, en esa lógica, las relaciones preexistentes entre los habitantes del litoral y sus mares, desmantelando las racionalidades con las que los pescadores habían configurado la forma de ocupar sus aguas. Como artefacto de vanguardia del capital, el motor de combustión fue el encargado de asestar los primeros golpes a esa racionalidad, y a un oficio que, hasta entonces, había seguido puntualmente las formas y los tiempos dictados por la naturaleza. El motor perpetró una suerte de *destemporalización* de la pesca imponiendo ritmos que atendían más bien las necesidades del mercado, y para las que las condicionantes ecológicas eran obstáculos que se podían superar. No es casualidad, después de todo, que en los pueblos ribereños del Mar Muerto fueran los comerciantes y no los pescadores quienes tuvieron los primeros motores.

Los motores primero los ocuparon no para pescar, los ocuparon para los comerciantes que iban a alcanzar a las cuadrillas a comprarles pescador. Lo traían para acá, llevaban hielo y lo podían traer fresco. En ese tiempo había unos dos o tres motorcitos, los comerciantes los compraban. Parece que en ese tiempo había una tienda en Arriaga que se llamaba «La Mezquita» (sic), ahí lo compraban, lo ponían en un cayuco y donde andaban las cuadrillas, los pescadores, allá adentro, allá se iban a comprar el pescado. Y llegando acá ya había carro de Tapachula, de Tuxtla, de Juchitán, listo para llevarse el pescado (Argemi Aguirre, entrevista 24 de octubre de 2021, en Ramos Torres 2023, 162).

La introducción de las tecnologías, o, como las llama Jason Moore (2020, 80), de las «técnicas capitalistas orientadas a apropiarse de la naturaleza no mercantilizada», al modificar la relación con el mar, alteró consecuentemente las percepciones del riesgo. La lancha de motor sembró en el pescador una sensación de poder frente al oleaje que no había experimentado antes. La vulnerabilidad del cuerpo humano se acorazó con la potencia detonada por la combustión, generando una ilusión de dominio que permitía pasar por alto las viejas medidas de prevención autoimpuestas, y desestimar las amenazas que habían delineado los límites de la actividad.

La difuminación del tiempo meteorológico que regía el trabajo menoscabó el sistema de referencias que el pescador usaba para calcular o dosificar su tiempo de exposición a las fuerzas de la naturaleza. El afán por lograr capturas cada vez más voluminosas, y la ayuda de dispositivos tecnológicos para hacerlo, disfrazaron de progreso lo que con el tiempo se fue revelando como la gestación de nuevas vulnerabilidades.

De la mano de una presencia estatal y normatividades que para reordenar los territorios fueron eficaces, pero para evitar el saqueo fueron endebles, la tecnología acabó con los frenos naturales al volumen de capturas impuestos por el uso de indumentaria rústica y la ausencia de sistemas de refrigeración. Las nuevas y mayores dimensiones de las embarcaciones, aunadas a las velocidades que permitían acelerar los procesos de captura, multiplicaron exponencialmente la producción para satisfacer a un mercado creciente. Las ambiciones individuales, antes contenidas por los esquemas de trabajo colaborativos y los sistemas de repartición de ganancia horizontales, encontraron en las nuevas tecnologías y en las ideas de la libre competencia, el medio para romper las trabas y ser satisfechas sin limitantes. Solo que, en ese acto, se rompieron también los balances que garantizaban los ciclos de

reproducción. Escribe sobre la correlación de equilibrios socioecológicos determinada por el trabajo, uno de los pescadores antes citados en unos versos compuestos por él mismo:

(...) el pueblo empezó a crecer y llegaron a este lugar,  
compañías tortugueras con la idea de comprar  
las tortugas que poblaban los canales de este mar.  
Como no hubo control de esa singular especie,  
fue tanta la explotación y la pesca irracional.  
La tortuga se extinguió, y en poco tiempo acabó,  
Los canales se azolvieron, ya no hubo producción.  
Ya vivida esa experiencia vino otro año de abundancia,  
la Bahía se pobló de camarón en sus playas.  
El pescador inventó sus copos y sus charangas,  
pues ya no se conformó de pescar con su atarraya.  
Olvidaron la amistad, los principios de los años de unidad,  
compañerismo y amor se quedaron muy atrás,  
con tristeza te lo digo, pero es una realidad.  
Ya no hubo planeación para organizar al pueblo,  
crecimos en cantidad y menos en calidad. (Arabí de Lucio, en Ramos  
Torres, 212).

Esto, obligó a muchos a enfocarse en otro tipo de pesca, y varios, influenciados por el poder de los motores e incentivados por la posibilidad de obtener mayores ganancias, comenzaron entonces a aventurarse hacia aguas más lejanas, no necesariamente conocidas, buscando especies que sustituyeran a las anteriores, como el tiburón. Las nuevas percepciones socavaron el dualismo Mar Muerto-mar vivo como medida de prevención, y la ampliación de los perímetros de pesca aumentó, en consecuencia, la exposición frente al mar, incrementando, así mismo, el riesgo de la actividad.

Como puede leerse también en los versos citados, la confianza en la tecnología para enfrentar peligros y dominarlos, se dio en menoscabo de la confianza que el pescador depositaba en los otros miembros de la comunidad, cuya concurrencia para el trabajo ya no fue necesaria. De esta forma, la decisión de afrontar al riesgo se volvió un asunto que cada pescador podía resolver dentro de la esfera individual, y distanciarse, por tanto, de los acuerdos que la comunidad pactaba para su gestión. Dicho de otro modo, el poder provisto por la máquina sustituyó al poder del grupo como fuerza necesaria para enfrentar al mar, impactando negativamente en la cohesión social y las relaciones intracomunitarias, que, sin ser perfectas, encontraban la oportunidad de balancearse dentro de las dinámicas de trabajo a las que obligaba, en los esquemas tradicionales, la pesca. Sin estos, la toma de decisiones fue convirtiéndose en un asunto cada vez más confrontativo, lo cual se reflejó en el surgimiento de conflictos entre familias que más tarde repercutieron en ámbitos como el de la gobernanza de las aguas en que se faenaba (Zúñiga 2020).

De la mano de este conjunto de cambios, los atributos del mar como espacio de articulación sucumbían frente a las prácticas del libre emprendimiento, y sus aguas pasaban de ser un espacio que había servido para la convivencia, a palio donde la pesca ya no se distribuía, sino que se disputaba. En esa misma operación fueron drenados los significados del mar, desdibujando, de este modo, su misticismo, y recluyendo su concepción dentro de moldes meramente físicos que lo redujeron a funcionar como una fuente de negocios. Es decir, la tecnología aniquiló al mar como entelequia dotada de una agencia propia, para reducirlo a ser no más que un almacén de riquezas monetizables, perpetrando, de este modo, el «epistemicidio» (De Sousa 2010; Grosfoguel 2013) que suele anticipar los procesos de re-territorialización, como los llama

Haesbaert (2013), necesarios para la mercantilización de la naturaleza que conducen eventualmente al despojo y al ecocidio.

De hecho, como corolario de los impactos producidos por la tecnologización sobre las antiguas fronteras que los pescadores habían establecido frente al riesgo, está la suma de efectos que, con el tiempo, se acumularon sobre los ecosistemas generando problemáticas que se constituyeron, en sí mismas, en factores amenazantes. A partir de ahí, una inédita y desde entonces irrefrenable gama de amenazas construidas sobre el cuerpo de la naturaleza a las que el geógrafo Allan Lavell (1998) denomina «socionaturales», se cernió sobre la vida local rebasando abrumadoramente las capacidades locales para su gestión. El aumento de la temperatura en los esteros, la alteración y contaminación de los cauces de los ríos, la desecación de humedales, el agotamiento de los mantos freáticos, son todos fenómenos que no existían en la región antes del proceso de modernización de la pesca, pero que hoy atentan contra la vida humana desde grados de complejidad que hacen sumamente difícil su solución. A estos problemas hay que sumar los riesgos antrópicos que tienen sus causales en los procesos de desfragmentación social de los pueblos, provocados por la división de intereses y por la creación de accesos desiguales a los recursos, que, eventualmente, derivaron en conflictividades de las cuales la violencia criminal es una de las últimas expresiones.

## 7. CONCLUSIÓN. LA BATALLA POR EL RIESGO


Los pescadores artesanales en las riberas del Mar Muerto experimentan hoy, a cincuenta años de los proyectos que modernizaron su actividad, los costos que ha tenido el ingreso a la sociedad industrializada, en la que, como dice Beck (1998), repartir riquezas y repartir riesgos es una y la misma cosa. La distribución y gestión de estos, lejos de ser solamente un asunto de carácter técnico, como a menudo suele presentarse, es una



cuestión enraizada en los proyectos de expansión capitalista promovidos políticamente que, desde entonces, se confrontan con las formas de vida vernáculas buscando su sometimiento. En estos, el riesgo demuestra ser no solamente un elemento orgánico del sistema social, sino un catalizador de las tensiones entre fuerzas para las que la naturaleza tiene diferentes concepciones. Salta a la vista, así, la carga política del riesgo, que funciona además como el fiel de una balanza que delata de qué lado se inclina el control del territorio, cuando dos o más actores se lo disputan para ordenarlo en sintonía con sus intereses.

El hecho de que el riesgo sea centro de estos diferendos obedece a que se encuentra mediado por valores sociales, y, por lo tanto, su definición y aceptabilidad son un asunto que tiene que ver, como señala Joffe (2003), con la defensa de la identidad colectiva, lo cual puede observarse de forma un poco más clara en las representaciones sociales. Resulta revelador, en este sentido, que mientras los pescadores de mayor edad siguen describiendo al mar como una figura investida de halos espirituales que protegen a la comunidad, en aquellos más jóvenes esa espiritualidad se desvanece. La divergencia emerge más clara aún durante momentos límite, tal como sucedió durante el sismo de septiembre de 2017, en el que la zona istmeña resultó seriamente afectada. En esa coyuntura, muchos habitantes de los pueblos ribereños del Mar Muerto huyeron rumbo a zonas altas temiendo un tsunami, a lo cual, varios entre los pescadores de mayor edad no prestaron demasiada atención. La diferencia entre ambas concepciones se vio entonces reflejada en escenas como las que narra un comerciante local:

Mi hijo me ha llegado a decir que por qué mejor no nos compráramos una casa en Tonalá. Le digo, «pero si también los temblores pasan allá. «Sí», dice, «pero allá tenemos más lejos el mar». Y es que como ven en la televisión todo eso de los sismos, se asusta. Y yo le digo, «mira papi,



grábense bien esto que les voy a decir: nosotros tenemos esa gran fortuna de tener esta laguna aquí, el Mar Muerto, pero a nosotros no nos puede inundar un tsunami. Y te voy a decir porqué: el tsunami se forma en el mar vivo, y va a llegar a caer a la isla de la barra. A nosotros nos va a llegar un poco de agua, pero no nos va a inundar» (Entrevista al señor Salatiel Medina, 15 de septiembre de 2021, en Ramos Torres 2023, 273).

Esa divergencias, no obstante, exhiben también la sobrevivencia de conocimientos que derivan de la cercanía establecida frente al mar, y que complican a las ontologías del capitalismo erradicar los valores que este tiene para culturas como las de los pescadores artesanales, que, por su parte, no dejan de aferrarse también a ciertos rasgos de su viejo estilo de vida.

De hecho, remando a contracorriente de las tendencias, en los pueblos del Mar Muerto existen aún tradiciones e instituciones en las que se resguardan valores gestados en la pesca, tales como la ética del cuidado y la cooperación. De estas, se siguen beneficiando quienes sufren algún infortunio en el mar, o quienes pierden a un ser querido y reciben sin distinciones el apoyo de gente de la comunidad, que contribuye con alimentos o dinero para la celebración del «mortual» o velorio. Tampoco falta la ayuda a quienes atraviesan momentos de crisis, cuando la pesca escasea y no alcanza ni para alimentar a la familia. Entonces, la legendaria nobleza del pescador sale a la luz y los gestos de solidaridad no se hacen esperar, como el del obsequio de una parte de las capturas, o, en algunos casos, el apoyo económico, demostrando, así, que el poder de influencia que ejerce un sistema económico basado en la individualización no ha logrado extirpar del todo los viejos lazos forjados en el mar.

Cabe, además, señalar, que esa ética del cuidado no se limita a las relaciones sociales. La trama telúrica propuesta por Galindo (2019), en la cual se construye el sentido de pertenencia que liga a las personas con su medio natural, conlleva la

necesaria preservación del mar y de los seres vivos que lo habitan como elementos referenciales de la identidad del pescador. Para Ulrich Beck (1998, 37) las amenazas al suelo, a las plantas, al aire, al agua y a los animales tienen un lugar especial dentro de las disputas por el riesgo en la medida en que hacen hablar al bien común y le dan voz a los que no tienen voz. En esos términos, el deterioro que sufren los elementos naturales en los que se encuentra enraizada la historia y la razón de ser del pescador, como el mar, los peces o los manglares, ha puesto en varios casos de manifiesto que es el interés común el que se encuentra comprometido, y su preservación, por tanto, reclama el regreso de la atención colectiva.

Un reflejo de esto se observa en las iniciativas que de manera autónoma y sin necesidad de la intervención de las agencias estatales emprenden en algunos pueblos los pescadores. Entre estas, por ejemplo, el establecimiento de vedas, horarios, especies y tallas de captura, algunos esfuerzos de limpieza y saneamiento de playas, orillas de carreteras y bordes de ríos. En casos más extremos, están también aquellos ejemplos de pueblos, como Bahía de Paredón, cuyos habitantes se han organizado recientemente para protestar por la contaminación de un río que desemboca en su mar, ejecutando incluso acciones más radicales como bloqueos carreteros y pronunciamientos mediáticos (del Porte 2024).

La subsistencia de estas prácticas no es cosa menor. Para la doctora Farhana Sultana (2022), son justamente esos gestos los que han permitido al Sur Global sobrevivir a la devastación, a la pérdida de los medios de vida y a la degradación de los hábitats. Aun aislados y discontinuos, es a través de esos esfuerzos y destellos de concientización que el pescador se confronta con las lógicas del capital y recupera algunas de sus potestades sobre los entornos, admitiendo que el cuidado de la naturaleza es una necesidad compartida. Implícita en algunas de esas acciones, se

encuentra la noción de que los mayores riesgos germinan allá donde la comunidad sucumbe ante fuerzas externas, lo cual representa un llamado a la participación y al involucramiento en la solución de los problemas. Reemergen, de este modo, en impulsos hasta ahora insuficientes y no exentos de contradicciones, las influencias de las viejas formas de concebir y habitar el territorio, como intentos por contrarrestar los efectos de un proyecto modernizador que, en su evolución, se ha revelado como núcleo de amenazas y vulnerabilidades cuyo número y forma no dejan, por su parte, de crecer

**Este artículo se debe citar como:**

Ramos Torres, Rogelio Josue. 2024. "La disputa por el riesgo. El conflicto eco-social entre la pesca artesanal y el capitalismo haliéutico. El caso del istmo-costa de Chiapas, México". *(Con)textos: Revista de Antropología e Investigación Social*, no.13 (noviembre): 68-98. <https://doi.org/10.1344/contxt.2024.13.68-98>

**Sobre el autor:**

Rogelio Josue Ramos Torres es Doctor en Antropología Social y maestro en Estudios Políticos y Sociales. Investiga en entornos rurales temas relacionados con las dimensiones políticas y las dinámicas del poder en procesos de desastre, violencias y conflictos socioambientales. Ha documentado procesos de construcción social de riesgos derivados de fenómenos naturales, así como movimientos populares en defensa de los territorios en regiones costeras del sur de México.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcalá Moya, Graciela. 1999. Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en el Soconusco, Chiapas. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas, Centro de Investigación Alimentaria y Desarrollo, A.C.
- \_\_\_\_\_. 2003. Políticas pesqueras en México (1946-2000): contradicciones y aciertos en la planificación de la pesca nacional. México: El Colegio de México, Centro de Investigación Científica y Educación Superior de Ensenada, El Colegio de Michoacán.
- Anuario Estadístico. 1985. Gobierno del Estado de Chiapas.
- Bartra, Armando. 1995. "Origen y claves del sistema finquero del Soconusco". Chiapas, núm. 1: 29-51. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- Beck, Ulrich. 1998. La Sociedad del Riesgo. Barcelona: Paidós.
- Breton, Yvan y Eduardo López. 1989. *Ciencias Sociales y el desarrollo de las pesquerías. Modelos y métodos aplicados al caso de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Campling, Liam & Alejandro Colas. 2021. *Capitalism and the sea: The Maritime factor in the Making of the Modern World*. London: Verso Books.
- Coonrad, Joseph. 2012 [1906]. *El espejo del mar*. España: DeBolsillo.
- Darío Cardona, Omar. 2001. "La necesidad de pensar de manera holística los conceptos de vulnerabilidad y riesgo. Una crítica y una revisión necesaria para la gestión." Conferencia pronunciada en la *International Work Conference on Vulnerability in Disaster Theory and Practice*, Universidad de Wageningen, Holanda. 29-30 de junio.
- De la Peña, Moisés. 1951. *Chiapas Económico*, Tomo II. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Gobierno del Estado.
- Del Porte, Francisco. 2024. "Pescadores cierran carretera por contaminación de aguas negras". *Noticias Voz e Imagen de Chiapas*, 30 de enero de 2024.  
<https://nvinoticiaschiapas.com/c/hiapas/tonala/30/01/2024/89321/>
- De Sousa Santos, Boaventura. 2010. *Epistemologías del Sur*. México: Siglo XXI.
- Díaz, Marcia, Galdino Iturbide e Imelda García. 1984. *Los pescadores de la Costa Norte de Chiapas*. México: Centro de Investigaciones Superiore en Antropología Social.
- Douglas, Mary y Aaron Wildavsky. 1983. *Risk and Culture. An Essay on the Selection of Technological and Environmental Dangers*. London: University of California Press.
- Douglas, Mary. 1994. *Risk and Blame. Essays on cultural Theory*. London: Routledge.
- Dufourmantelle, Anne. 2015. *Elogio del riesgo*. México: Paradiso Editores.
- Galindo, María Isabel. 2019. "Viviendo con el mar: inestabilidad litoral y territorios en movimiento en La Barra, Pacífico Colombiano". *Revista colombiana de antropología*, vol. 55, núm. 1, 29-

57. DOI:  
<https://doi.org/10.22380/2539472X.569>
- García Acosta, Virginia. 2005. "El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos". *Desacatos*, núm. 19, 11-24. <https://doi.org/10.29340/19.1042>
- Gatti, Luis María. 1980. "Notas y cuestiones aldeanas". *Revista Crítica*. Puebla, México.
- \_\_\_\_\_. 1986. *Los pescadores de México: la vida en un lance*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Gellida, Carlos y Reyna Moguel. 2007. "Pesquerías y pescadores artesanales de camarón en el Cordón Estuárico, La Joya, La Barra y Buenavista, Chiapas. Territorio, Organización y Tecnología", *Revista Cuicuilco*, vol. 14, núm. 39, 35-78. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco/article/view/4296>
- Grosfoguel, Ramón. 2013. "The Structure of Knowledge in Western Universities. Epistemic Racism/Sexism and the Four Genocides/Epistemicides of the Long 16<sup>th</sup> Century", *Human architecture: Journal of Sociology and Self-Knowledge*. [http://scholarworks.umb.edu/humanarchitecture/vol11/iss1/8?utm\\_source=scholarworks.umb.edu%2Fhumanarchitecture%2Fvol11%2Fiss1%2F8&utm\\_medium=PDF&utm\\_campaign=PDFCoverPages](http://scholarworks.umb.edu/humanarchitecture/vol11/iss1/8?utm_source=scholarworks.umb.edu%2Fhumanarchitecture%2Fvol11%2Fiss1%2F8&utm_medium=PDF&utm_campaign=PDFCoverPages)
- Haesbaert, Rogério. 2012. "Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad." Conferencia pronunciada en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, septiembre.
- Ingold, Tim. 2000. *The Perception of the Environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. London: Routledge.
- Joffe, Héléne. 2003. "Risk: From perception to social representation". *British Journal of Social Psychology*, 42, 55-73. [10.1348/014466603763276126](https://doi.org/10.1348/014466603763276126)
- Lavell, Allan. 1998. "Un Encuentro con la verdad: los desastres en América Latina durante 1998." *Anuario Social y Político de América Latina y El Caribe*. 164-172.
- Malinowski, Bronislaw. 1948. *Magic, science and religion. And other essays*. Glencoe, Illinois: The Free Press.
- Marín Guardado, Gustavo. 2007. *Vidas a contramarea: pesca artesanal, desarrollo y cultura en la costa de Michoacán*. México: Centro de Investigaciones y Estudios
- Millán, Saúl y Paola García Souza. 2003. *Lagunas del Tiempo*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Mireles, Sofía. 2003. *Tonalá, su historia y sus costumbres*. Ciudad de México: Talleres Gráficos de la Nación.
- Kais, Shaikh Mohammad y Md Saidul Islam. 2019. "Perception of Climate Change in Shrimp-Farming Communities in Bangladesh: A Critical Assessment". *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 16, 672. <https://doi.org/10.3390/ijerph16040672>
- Moore, Jason. 2020. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y Acumulación de Capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Oslender, Ulrich. 2016. *The Geographies of Social Movements. Afro-Colobian*

- mobilization and the aquatic space*. United States of America: Duke University Press.
- Ostrom, Elinor. 2000. *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Fondo de Cultura Económica.
- Pineda Ramírez, César Enrique. 2021. "La dinámica del conflicto ecológico. Transnacionales, gobiernos y movimientos comunales". *Acta Sociológica*, Núm. 86-86, 17-47. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484938e.2022.85-86.82777>
- Ramos, Manuel. 1993. "Producción pesquera artesanal y sociedades cooperativas ribereñas en Tonalá, Chiapas". Tesis de licenciatura en Economía. Escuela de Ciencias Sociales. Universidad Autónoma de Chiapas.
- Ramos Torres, Rogelio J. 2023. "Entre el poder de la Naturaleza y la naturaleza del Poder. La construcción política de un desastre en Bahía de Paredón, Chiapas". Tesis de doctorado. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1015/1654>
- Robles, Irizelma. 2014. "La marejada de los muertos. Tradición oral de los pescadores de la costa norte de Puerto Rico." En *Pescadores en América Latina y El Caribe* Vol. 1, editado por Graciela Alcalá, 217-250. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Smith, M. Estellie. 1988. "Fisheries risk in the modern context". *Maritime Anthropological Studies* 1 (1), 29-48.
- Sultana, Farhana. 2022. «The unbearable heaviness of climate coloniality» *Political Geography*. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2022.102638>
- Toledo, Alejandro. Arturo Nuñez y Héctor Ferreira. 1983. *Cómo destruir el paraíso. El desastre ecológico del sureste*. México. Océano: Centro de Ecodesarrollo.
- Toledo, Alejandro. 1994. "Presentación". En *Riqueza y Pobreza en la Costa de Chiapas y Oaxaca*. Coordinado por Alejandro Toledo, 9-16. México: Centro de Ecología y Desarrollo.
- UNESCO. *The Canoe is the People: Indigenous navigation in the Pacific*. Acceso 5 abril de 2024. <https://www.unesco.org/archives/multimedia/document-3565>
- Zúñiga, Rigoberto. 2020. *La gobernanza del ecosistema de la región Mar Muerto de Chiapas*. Tesis de doctorado, Universidad Autónoma de Chiapas. <http://www.repositorio.unach.mx:8080/jspui/handle/123456789/3864>

\*\*\*